

INFORMACION ACADEMICA

Sesión Solemne de recepción a los académicos de nuevo ingreso y de entrega de diplomas a los Académicos Titulares

El día 24 de junio de 1970, se llevó al cabo esta Sesión Solemne, que estuvo presidida por los señores Dr. Salvador Aceves, Secretario de Salubridad y Asistencia; Dr. Emilio Martínez Manautou, Secretario de la Presidencia de la República; Dr. Ignacio Morones Prieto, Director General del Instituto Mexicano del Seguro Social; Lic. Rómulo Sánchez Mireles, Director General del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado; Dr. Pablo González Casanova, Rector de la Univ. Nal. Autónoma de México; Dr. Guillermo Massieu, Director del Instituto Politécnico Nacional; Ing. Eugenio Méndez Docurro, Vocal Ejecutivo del Instituto Nacional de Investigación Científica; Dr. Carlos Campillo, Director de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México; Dr. Angel Matute, Presidente de la Academia Mexicana de Cirugía; Dr. Rafael Méndez, Presidente del Departamento de Biología Médica; Dr. Luis Farill, Presidente del Departamento de Cirugía; Dr. Roberto Núñez Andrade, Presidente del Depar-

tamento de Medicina; Dr. Francisco Fernández del Castillo, Presidente del Departamento de Sociología Médica y Medicina Preventiva.

Fueron recibidos en tal ocasión como académicos numerarios los señores doctores María Elena Anzures López, Ignacio Chávez Rivera, Federico Díes Angulo, Augusto Fernández Guardiola, Gonzalo Gutiérrez Trujillo, Francisco Hernández Orozco, Eduardo Jurado García, Javier Pizzuto, Guillermo Santín, Horacio Vidrio López y como correspondiente el Dr. Raúl Aceves Ortega.

Fueron también promovidos a académicos titulares los académicos numerarios doctores Francisco Bassols, Roberto Llamas, Guillermo Montaña y Antonio Prado Vértiz.

El discurso de bienvenida a los nuevos académicos, que estuvo al cargo del Dr. Efrén C. del Pozo, y las palabras en representación de los nuevos académicos, que fueron pronunciadas por el Dr. Gonzalo Gutiérrez Trujillo, se reproducen en las páginas que siguen.

Palabras de bienvenida a los académicos de nuevo ingreso, pronunciadas por el doctor Efrén C. del Pozo, Académico Titular, en la Sesión Solemne del 24 de junio de 1970.

NO INSISTIRÉ, por bien sabida, en la advertencia de que el ingreso a la Academia más que presea, es un convenio de trabajo en una comunidad que busca el progreso de la medicina para el bien social.

No hay lugar tampoco para consejos de adaptación a las supuestas alturas de nuestro grupo. Sucede que los que llegamos antes hemos bajado a los caminos que nos acerquen a los problemas que hoy nos invaden. Es en este terreno que les damos la bienvenida a los nuevos miembros que pueden ayudarnos a entender el nuevo lenguaje de la vida que pasa, de la rebeldía juvenil, del retorno de los mitos y la desconfianza en la razón. Sabemos bien que quienes hoy ingresan han llegado tras de la dura prueba de años de esforzada superación en un campo del saber médico; es el mismo camino que recorrimos todos; pero ahora nos inquieta ver que nuestra sociedad es una constelación de especialistas que no se articulan en una finalidad congruente; estamos temerosos de que se nos pueda aplicar peyorativamente el término de "académicos" por nuestra distancia a los problemas que aquejan a nuestra patria y angustian a la humanidad.

Claro es que el primer deber de un médico es conocer su oficio pero tam-

bién tiene el mismo rango, el sentido de responsabilidad social; el mundo que vivimos, no sólo exige especialización, también demanda plurivalencia de la mente y los sentidos; no basta con conocimientos, se exige servicio.

Ya no hay límites ni fronteras en el acontecer humano. Nos llega la impresión de las miserias, las pobreza, las injusticias y todo conflicto social de cualquier lugar del planeta; las inquietudes del mundo nos penetran el pensamiento. Todo rige nuestras vidas; tratamos de entender las angustias y los ideales del mundo que nos rodea y buscamos los cauces previsibles del futuro. Es obligado saber que millones de seres todavía sufren enfermedades ya dominables por nuestra ciencia, que pueblos enteros son víctimas de hambres como en la edad media, que persisten las guerras cada vez más absurdas y que aún existen sátrapas y tiranos.

El sueño romántico de un solo mundo se ha logrado pero no para el reino de la justicia sino para el imperio de la inseguridad y el miedo. Es una paradoja que al mismo tiempo que los hombres viven cada vez más cerca, individualmente se encuentren cada vez más solos y es ilógico que el incremento de bienes externos lleve a empobrecimiento interior.

Hace ya largo tiempo que el médico aconseja preservar la salud y señala la inconsecuencia de esperar a que el hombre enferme o caiga víctima de la miseria para después buscar su alivio. Lo mismo han dicho políticos impacientes y reformistas iluminados en cuanto a problemas de convivencia humana, pero las curas radicales que ofrecen implican agresiones que ponen en peligro la vida del paciente. Se llega incluso a culpar a los descubrimientos de los científicos y no a su mal uso por manos criminales del desequilibrio e injusticias que vivimos. Aún el progreso de la higiene y la medicina al reducir la mortalidad son inculpadas como causantes de problemas económicos y carencias. Es evidente que el mundo está lleno de males que podrían resolverse con salud mental en los dirigentes de muchos países y organizaciones internacionales pero aún este enfoque se mixtifica elaborando fantasías pueriles en que se inculpa a científicos malvados que buscan la destrucción de la humanidad.

Ser médico no es sólo conocer una tecnología, es adquirir una disciplina mental y una actitud frente a la vida. El que ha llegado a ser médico en verdad, lo será en cualquier problema que requiera su atención; buscará el diagnóstico y pensará en tratamientos sin dañar al enfermo. La cautela es la regla; nadie más precavido que un médico honesto para creer o decir que conoce realmente el caso de un solo enfermo. Es esta actitud humilde, de estudioso no dogmático a la que quiero referirme.

Es tan mala la actitud gallarda de

los viejos frente a los jóvenes como el desdén de éstos para aquéllos. Es ceguera y soberbia ignorar las conmociones sociales que nos rodean. No seamos dogmáticos ni en el escepticismo; penetremos más allá del aspecto exterior y podremos ver que nuestra juventud actual manifiesta una inquietud profunda por encontrar nuevos cauces a la convivencia humana y por destruir las incongruencias del sistema establecido.

Veamos más allá de la simple iconoclasia que pronto lleva a nuevas imágenes e idolatrías políticas. Tratemos de entender las protestas juveniles y no les exijamos que nos den ahora soluciones que no ha encontrado la humanidad en toda su historia. Todos los reformadores han ofrecido fórmulas de salvación pero para futuros tan lejanos que a veces han debido diferir la justicia para otras vidas.

Evitemos lo que se viene llamando el vacío o zanja entre generaciones. No es un fenómeno nuevo la diversa actitud del joven que asciende y el viejo que baja, pero ambos pueden prestarse ayuda si se identifican en nobleza y altruismo. Es cierto que nuestros males son graves y demandan soluciones de urgencia, pero advirtamos la falacia de confundir el mal uso con el propósito. La venalidad de los jueces no implica maldad de las leyes. No habrá desacuerdo si al atacar al "establecimiento" ("establishment") se alude a los concordatos y complicidades para logros inmorales. No confundir la destrucción de símbolos con las metas reales; no se suprime la hipocresía con desnudarse, ni las convenciones injustas

con usar ropa estrafalaria. Tampoco es camino redentor la promiscuidad lúbrica, ni buscar disfunciones sensoriales con ruidos, luces o drogas. La ficción de entorpecer los órganos de los sentidos y tomar las alucinaciones por agudeza perceptiva es una dolorosa experiencia histórica en diversas partes del mundo. El "hippismo" y el "beatnikismo" no lograrán más que su antecesor el "bohemianismo" que también despreciaba convenciones y pretendía agudizar los sentidos con ajeno, éter y el "hashish" oriental, hoy mexicanizado como marihuana.

No nos dejemos engañar por extrañas nomenclaturas y pueriles explicaciones sobre fenómenos mencionados por siglos pero cuya explicación no puede suplirse con elaboraciones verbales. Así ocurre hoy con la inspiración artística o mística, el éxtasis, el ensueño, las representaciones oníricas, la mitología, la influencia de los astros, la hipnosis, la llamada percepción extrasensorial, el yoga, la transmisión del pensamiento y otras incógnitas. Se ha iniciado el análisis científico de algunos de estos fenómenos, pero las anticipadas interpretaciones, reglas, teorías y el uso de ellas con fines utilitarios obstruye la investigación seria y fomenta la ignorancia o la candorosa credulidad. La mitología que ilustra muchas de las constantes funcionales de la mente del hombre se estudia ahora intensamente por diversos caminos; se analizan los mitos en nuestros contemporáneos primitivos y se investiga comparativamente la evolución de fantasías, quimeras y otros prodigios de la historia.

El pensamiento mágico en arte, poc-

sía, folklore, religión y otras fuentes de nuestra cultura nos gobierna en sentimientos y acciones individual y socialmente. Es imperioso un sano conocimiento de los terrenos ocultos de la fantasía y del mundo de lo irracional. Hace falta valorar las evidencias y examinar críticamente los datos. Es pasmosa la credulidad de quienes quieren aceptar lo misterioso; se embriagan de palabras y admiten cualquier consejo. Hoy nos invade una abundante literatura pseudo-documental sobre mil hechos misteriosos en la historia del mundo; es un negocio productivo y muchos ingenuos hablan del "retorno de los brujos", los prodigios de la era de los gigantes y las huellas en la tierra de habitantes de otros mundos. Más aún, se forman sectas de demonología y se elaboran filosofías del mal y del crimen para buscar el más allá y la razón de existir.

Esta histeria y enajenación mental colectiva se origina en el rechazo de la razón y de la cultura establecida. La desconfianza en los mayores y en lo que representan deberá neutralizarse con entendimiento y apoyo a la juventud sana y generosa. Evitemos el sensacionalismo irresponsable, la actitud arrogante y los impulsos que llevan a la represión violenta que buscan los fanáticos.

Desafiemos la división tajante de generaciones, rompamos las barreras entre lo viejo y lo nuevo, el humanismo y la ciencia, la razón y el sentimiento. No más campos estériles de batallas verbales. Llenemos los fosos que separan a los hombres, anulemos prejuicios de

colores y creencias, demos a cada quien lo suyo con equidad y justicia.

La juventud iracunda se rebela ante las distancias entre ideales y conductas, ante el "gran engaño" del modelo frente a la realidad. Es erróneo ver el problema como sólo una crisis de autoridad u obsolescencia de patrones. Los síntomas del actual conflicto de la humanidad han podido verse con mejor claridad en los brotes de la juventud atormentada, en las rebeliones estudiantiles y en los pintorescos barrios de las grandes ciudades, en donde se confunden los limpios idealistas con viciosos, exhibicionistas homosexuales y dementes, pero el inconformismo, la inquietud, llega a todas las clases, a todas las edades y a todas las latitudes.

Una reflexión se impone a nosotros. Los dolores de la humanidad, la pobreza, el hambre, la guerra, la discriminación racial, la opresión de dictaduras, las tinieblas de los fanatismos, son resultantes de alteraciones de la salud. La única diferencia real que puede existir entre dos hombres no está en su estatura, el color de su piel, sus costumbres, su cultura o su vestido, se encuentra en que uno sea sano y el otro enfermo. Ya es acuerdo universal que el concepto de salud integral debe incluir lozanía de la mente y bienestar en la sociedad. Sin embargo, este hecho pasa inadvertido y seguimos tratando de curar con medicación sintomática. Enfoquemos el problema en su entera magnitud, propaguemos el concepto integral de su tratamiento etiológico.

El dilema que vive el mundo es el

mismo de la medicina misma. Vuelve de la especialización excesiva a buscar el todo; sin perder un conocimiento en profundidad, amplía el horizonte en busca de congruencia y significado. Busca el equilibrio de fines y funciones en la conciencia de ser unidad y partícula de un todo. Penetrar con la integridad de lo que somos al complejo de todas las furezas que ahora agitan al hombre; sentir sus dolores y vislumbrar sus esperanzas; penetrar sus emociones y tratar de percibir las cábalas de sus misterios. En el vórtice en que se funde la modernidad científica y la magia primitiva, encontraremos siempre un hilo conductor en la serenidad de las pasiones, la prístina limpieza del bien inmanente y la euforia de un sano pensar.

El sabio fisiólogo Cannon tituló uno de sus libros "La Sabiduría del Cuerpo" y presentó como ejemplo de regulaciones sociales a las reacciones automáticas que mantienen el equilibrio de nuestro organismo. Habló también de las reacciones de emergencia que frente al peligro ocurren en nuestro cuerpo. Podríamos señalar símiles comparativos; el presente renacer de la irracionalidad podría verse como semejante al fenómeno fisiológico de exaltación de una respuesta refleja antagónica que llamamos "rebote" ("rebound") cuando se suspende un estímulo prolongado, como es el caso de la interrupción del largo reino del uso del empirismo; pero corremos el peligro de que se crea que pretendemos prescribir recetas médicas a los males de la sociedad. Nuestro pro-

pósito es muy otro; deseamos que la Academia Nacional de Medicina viva en su tiempo y cumpla su destino. Cada uno de sus miembros llena a conciencia su deber médico con ser cada vez mejor y más honesto en la práctica de su especialidad, pero como grupo abordaremos el estudio de los problemas que más afectan por ahora a nuestra sociedad.

No quiero que estas palabras se agreguen al cúmulo de frases de los que piden adaptación de cada labor, de cada enseñanza, de cada planeamiento, al desarrollo económico. Con ser éste tan necesario, debemos cuidar de limitar toda aspiración y programa a la utilidad inmediata. Preservemos la aptitud de juicio independiente y las visiones lejanas. Propiciar la investigación pura, no comprometida, mal comprendida y peor fomentada es la única vía para lograr en un futuro lejano una verdadera libertad científica, tecnológica y cultural. La producción científica original es la avanzada del conocimiento y representa el esfuerzo para eludir el colonialismo parasitario y esterilizante.

Por ser pobres no podemos dilapidar nuestro escaso caudal de mentes preparadas; no perdamos sus luces en oficios rutinarios, dejémoslos columbrar el horizonte y ser jueces de su propio trabajo. Cuidado con los burócratas de la ciencia que cortan alas y voluntades; el investigador de valer sólido y comprobado requiere garantías y libertad. Por fortuna cada uno indica su camino y lleva el registro de sus capacidades;

el universo de la cultura los avala.

Las aplicaciones de la ciencia no son menos meritorias y pueden ser más urgentes pero no se deben torcer las preferencias y las capacidades. La investigación clínica tiene gran demanda y validez y mucho podrá hacer la Academia en la promoción de este campo con vista a los graves problemas que nos invaden.

Tal vez no sea inoportuno recordar que la ciencia médica no se basa en el razonamiento puro y que las intuiciones han sido fuente de grandes descubrimientos y cada día ayudan a nuestros diagnósticos. Es necesario dar a los enfermos el calor del afecto personal y tamizar el rigor científico con hálitos de comprensión humana y brillos de certidumbre. Recordar que la medicina sigue siendo un arte y que por huir del halago y la complacencia, se puede caer en áspera sobriedad y alejarse del enfermo. No dejemos el campo a los que explotan las modernas técnicas de persuasión. Tengamos presente que imperceptibles estímulos sensoriales y emotivos abajo del umbral de la conciencia, llegan a producir por reiteración, respuestas automáticas que parecen volitivas.

El tono de mis palabras parecería no corresponder al júbilo de aumentar nuestros recursos con nuevas inteligencias y voluntades, pero sé bien que los nuevos académicos apreciarán que les hablemos llanamente de nuestras preocupaciones y propósitos en lugar de usar frases retóricas y ditirambos. Al ofrecerles nuestra camaradería cordial,

los sumamos al esfuerzo común para mejorar nuestra labor buscando agilidad y eficacia.

Repitamos, para finalizar, la reflexión de que sobre todas las teorías y todos los enfoques, el médico debe serlo en

plenitud de facultades y deberes, con mente abierta a todos los vientos, corazón sensible al dolor humano y ambas manos tendidas para aliviar los males del hombre, en su cuerpo, en su mente y en su espíritu.

Palabras pronunciadas por el doctor Gonzalo Gutiérrez Trujillo en representación de los nuevos Académicos, con motivo de su ingreso a la Corporación, en la Sesión Solemne del 24 de junio de 1970.

EN CEREMONIAS como ésta, correspondientes a años anteriores, se ha dicho que ingresar a la Academia Nacional de Medicina, es una honrosa distinción, un importante estímulo y un serio compromiso, para el médico que es acogido en el seno de esta Agrupación.

En efecto, es una distinción que relativamente pocos médicos alcanzan; sin embargo, debe ser compartida por los grupos de donde provienen los nuevos académicos. Todos los que ahora ingresamos, nos hemos desarrollado en el seno de instituciones, o de grupos de trabajo, gracias a los cuales hemos podido progresar. La complejidad de la medicina actual impide el éxito del profesionista cuando éste se aísla. Provenimos pues, de un grupo con el que seguiremos trabajando, pero ingresamos a otro más universal, al que aportaremos las experiencias del primero.

Ingresar a esta Academia es un importante estímulo en la vida del médico. Así se ha dicho y como tal debe entenderse. Por ningún motivo debe confundirse con el arribo a la meta final. Tal concepto fue señalado en este recinto por un miembro de esta Corporación, al advertir "que concebir la idea de que la obtención del preciado diploma es una especie de consagración pú-

blica de excelencia profesional, convertiría a esta Academia en un tranquilo y agradable retiro, apenas interrumpido por ciertas formalidades reglamentarias, alejado siempre del calor del trabajo cotidiano, de la animación del espíritu, de la alegría de la novedad del conocimiento y del progreso individual y del grupo. Que se desvirtuaría la razón de ser de nuestra asociación y que daríamos por ende, testimonio de imperdonable incomprensión, de lo que ha constituido, desde su inicio, la esencia de lo académico y de lo que contemporáneamente debe ser el cimiento social de nuestro existir".

Al ingresar a la Academia Nacional de Medicina, se adquiere un compromiso con esta. Casi todos los más preclaros y distinguidos médicos mexicanos han pertenecido a ella. Desgraciadamente, no siempre le han dedicado sus mejores esfuerzos, tal vez por considerarla como algo que prestigia y no como algo que fructifica. Los que la vemos como la máxima institución académica de la medicina mexicana, le debemos dedicar también, nuestro máximo esfuerzo.

Asimismo, al ingresar a la Academia Nacional de Medicina, se adquiere un compromiso con la sociedad. Creemos que toda actividad científica debe estar

al servicio de ella y que la técnica, puede y debe mejorar las condiciones de vida. No nos apasiona la idea de una ciencia fría e indiferente a los problemas humanos, más aún cuando se vive en el seno de una sociedad con graves carencias. Concebida así la actividad científica, no se corre el riesgo de contribuir al establecimiento de una tecnocracia deshumanizada.

Muy diversos intereses pueden motivar a un científico a participar en la vida de esta Academia. Se pueden mencionar algunos de importancia.

Decía antes que el médico en la actualidad no puede vivir aislado, si no es con peligro de quedar fuera del movimiento científico. La complejidad y amplitud de la medicina moderna, exigen la especialización, a fin de profundizar en conocimientos. Gracias a ello se estudia mejor a la parte, pero desgraciadamente se deforma y distorsiona el conocimiento del todo. Bajo estas circunstancias, es imperativo el trabajo en equipo, el intercambio de experiencias y de ideas, tanto dentro de los grupos de la propia especialidad, como con otras ramas de la medicina. La Academia ofrece la oportunidad de esta actividad interdisciplinaria, que debe ampliarse a otras ciencias: la física, las matemáticas, la sociología, etc. Sólo en esta forma puede entenderse mejor el movimiento científico actual, estudiarse adecuadamente los problemas, situar y medir los de la especialidad y tender a la universalidad.

En esta Corporación recae la responsabilidad del planteamiento de los problemas médicos nacionales, del estudio

de sus posibles soluciones y de la crítica de la forma en que dichos problemas están siendo atacados por las instituciones aplicativas. He aquí otra tarea que puede apasionar a los académicos: el estudio y la crítica de nuestras instituciones de salud; la contribución en la educación médica, tanto del estudiante, como del graduado y del pueblo mismo; el planteamiento y el análisis continuo de nuestros principales problemas de salud, así como de sus orígenes sociales, etc., etc.

La problemática ahí está. Una tribuna libre y sin sujeciones burocráticas, se ofrece al académico. De la capacidad y del interés de éste, dependerá el éxito. Pero debemos recordar, que los intelectuales ahora más que nunca, tenemos la obligación de participar en esa tarea, pues la sociedad nos ha dado las armas necesarias para emprenderla.

Creo que a nadie escapa, el hecho de que se vive un momento histórico de grandes cambios, o cuando menos, de que se tiene conciencia de la necesidad de ellos. Muchos de nuestros sistemas e instituciones resultan anacrónicos. Por otra parte, las academias se han convertido en el instrumento de perpetuación de lo tradicional; si queremos que sobrevivan, debemos transformarlas en instrumento de cambio: cambio de los conocimientos científicos, cambio en la forma de atacar y solucionar nuestros problemas, cambio de nuestras instituciones, cambio de nuestras estructuras sociales.

La inducción de estos cambios, implica entre otras cosas, mejores formas

de comunicación humana. La Academia Nacional de Medicina puede ser, y de hecho es, un instrumento de comunicación entre las generaciones de profesionales médicos. La tan comentada brecha de generaciones, no es sino una falta de comunicación entre dos grupos

esencialmente iguales. Creemos que esta centenaria Corporación puede ser el medio que los una. Queremos venir a discutir con nuestros viejos maestros, sobre dichos cambios, conocedores de que las bases que ellos han construido, no deben desaparecer.
